

A Julián Caballero, in memoriam. A Joaquín Castro, Pedro y Maxi.

No sé ahora decir con total seguridad si fueron dos veces las que acudí a veranear a una de las casillas del Viñón; en cambio, si puedo afirmar que fue en agosto, ya a finales de mes, y también que me alojé en una casa pequeña, pero cálida, atractiva e inmensamente acogedora que era propiedad de mi amigo Joaquín Castro, quien, a la sazón, ejerció conmigo y otros -de casi la misma edad que yo tenía- una labor paternal que, ahora, recuerdo con una nostalgia secreta y casi heroica que me acerca de golpe a aquellos veranos azules, lentos, impregnados por un olor zarzas y uvas vestidas por los murmullos de la luz y el trinar de los pájaros jugando con el viento que iba y venía desde el monte hasta la fuente rodeada de chopos esbeltos y elegantes.

El Viñón por entonces, ante mis ojos casi niños, era un lugar casi paradisiaco. Finalizaba la década de los 60 y yo era un adolescente estremecido por esos amores primeros, sugestivos que habitan durante unos años nuestra sangre y luego se alejan como una tormenta de verano dejando en el corazón su azul rescoldo. Quizá por entonces yo estuviese enamorado -¿quién no lo estuvo en su blanca adolescencia?-, pero lo más

importante de esos días, cuando yo no había cumplido aún catorce años, no era la idea sublime de ese amor que yo guardaba en la timidez del pecho, sino el deseo de aventuras que albergaba y me hacía deambular por la geografía del Viñón adentrándome en las alamedas y en el monte, junto a mis inseparables Pedro y Maxi, armado con una escopeta de "plomillos" con la que lograba cazar frecuentemente -supongo que este delito habrá prescrito después de haber transcurrido cuatro décadas- varios pajarillos (trigueros, mirlos o gorriones) que, luego, el gentil cocinero Joaquín Castro aliñaba con un enjundioso desparpajo preparando un arroz que ni Arguiñano igualaría. Joaquín era entonces -así lo demostró- un especialista en platos culinarios nada sofisticados ni especiales (salsas, arroces, cocidos, y ensaladas) a las que él sabía dar un toque singular y espléndido.

Por otro lado, además, como ya dije, él nos trataba a todos como un padre, con un cariño profundo, prodigioso que, a veces, rayaba casi en la ternura: siempre le agradeceré esos veraneos en los que me enseñó a afrontar la vida que habría de venir con un entusiasmo inenarrable. En su casa de campo



el tiempo transcurría de una manera muy lenta, prodigiosa. No olvidaré el murmullo casi humano que grababa el viento en el ciclópeo eucalipto que se alzaba a sólo unos metros de la estancia. Tampoco podré olvidar la imagen tierna del amigo Yulius, un autillo muy elegante que Joaquín amaestró con una paciencia insoslayable. El simpático pájaro llegaba de improviso, a la hora del anochecer, para posarse en el hueco de un ventanuco de la casa, y allí ululaba amistoso y complacido. Luego, la oscuridad caía en el campo, y, armado con mi escopetilla de plomillos, junto a Pedro y Maxi, salía de cacería. Íbamos a sorprender a los gorriones que dormían junto a los árboles del huerto. La linterna rasgaba las ramas altas de los chopos como una sutil y amarilla cuchillada adentrándose en las entrañas del espacio. Sonaba un disparo y se hacía una algarabía de pájaros aleteando en la penumbra.

Volvíamos a casa a altas horas de la noche y dormíamos en el suelo, sobre una manta, como indios. Nos levantábamos cuando ya adentraba el sol su cobriza alegría por las rendijas de la puerta y, a continuación, tras un suculento desayuno (siempre aderezado por la leche condensada), mis amigos y yo salíamos de expedición dirigiéndonos hacia rincones muy emblemáticos: el aguadero de Vítor, por ejemplo, la huerta de los Leones, o Peñaladrones, lugares que, varias décadas después, tras cambiarles el nombre, yo he incluido en algún poema o un fragmento de mis novelas más señeras, como, por ejemplo, "El libro de las Aguas", donde aparecen las casas del Viñón camufladas, lo he dicho, en un topónimo distinto.

El rumor de esos días a veces llega a mí envuelto en un aire feliz que me conmueve. Yo entonces tenía un espíritu aventurero: recorría a diario montes, vaguadas y arboledas, pero, al final, lo que ahora más recuerdo, asaetado por una especial melancolía, era el momento del baño, cuando acudíamos a la que llamábamos alberca de Julián, el padre de Maxi, encofrada junto a un huerto, un rincón circundado por zarzas deliciosas y las hercúleas sombras de los chopos que concedían, en mitad de la canícula, al citado lugar una frescura acogedora. Conservo una foto de la alberca que he citado (no recuerdo muy bien quién fue el autor de la instantánea) en

la que, sentados a la orilla de un olivo, aparecemos Pedro, Maxi y yo, amparados por la protección de Joaquín Castro quien bromea con nosotros, al lado de una perra -la que entonces él tenía- que nos mira sorprendida, con una mezcla de languidez y asombro. Al mirar esa foto, ahora llega a mi interior un aroma de ovas y agua dulce fecundada por los pies melancólicos y tiernos de un verano que nunca, jamás, termina de alejarse, porque sigue encendido mansamente en mis entrañas, y me llega la voz de Julián, grave, amistosa, anunciándonos a veces que el almuerzo estaba próximo y debíamos, por tanto, ir saliendo de la alberca para secarnos al pie de los olivos. Aún le veo acercarse, iluminando mi interior, por la veredilla abierta entre las zarzas al húmedo rinconcillo en el que estamos el grupo de amigos bañándonos gozosos y en el tono de sus palabras siempre cálidas, hallo la luz del Viñón, el resplandor melancólico y firme de aquellos veranos prodigiosos donde la madurez, la misma vida, se iba abriendo ante mí como una selva prodigiosa en la que empezaba a adentrarme casi a tientas, sin saber que dejaba a mis espaldas la inocencia de un lugar parecido en su hermosura al mismo cielo, ese que yo imaginaba, por entonces, decorado de frutos, aves y álamos frondosos como los que cercaban la fuente del Viñón en cuyas ramas más altas dejé atado el rumor familiar de mis sueños más hermosos, el celeste susurro de aquellos días de verano cargados de amor, ternura y esperanza en la juventud que vendría años después y allí, por entonces, era un tímido proyecto.

> **Alejandro López Andrada** Julio, 2013

